

Austria, hasta en el seno mismo del Vaticano: ni los reyes ni el papa querían un monarca universal.

N.º 3.—*Enrique IV, Isabel y Felipe II.*

En medio de sus discordias civiles, la Francia no cesó de luchar contra la ambición de la Casa de Austria. Pero las luchas de Carlos IX y de Enrique III eran ineficaces. Dominaba la monarquía por pasiones religiosas, acabó por ponerse á la cabeza del partido católico contra la Reforma, lo cual equivalía á perpetuar las guerras de religion, que eran las que daban fuerza á Felipe II. En vano fué que los reyes cristianísimos se decidiesen por el partido católico, porque jamás llegaron á inspirar completa confianza á los ortodoxos; el verdadero jefe de la liga católica era el rey de España. Para combatir á la Casa de Austria se necesitaba un príncipe protestante ó, por lo ménos, un adversario decidido de la liga; y tal fué Enrique IV; habiendo llegado al trono despues de largos combates contra el partido católico, se mostró, no obstante su conversión, propicio á los protestantes; y al concederles la libertad religiosa, puso término á las discordias que habían desgarrado á la Francia, y la emancipó al mismo tiempo de la influencia española. Desde que la monarquía recobró su independencia volvió á entablarse la lucha contra el Austria. Uno de los primeros actos de Enrique IV fué declarar la guerra á España; pero esta guerra no tenía el carácter religioso que hubiera tenido, á no dudar, si el rey hubiese continuado fiel á la confesión de Calvino; en su manifiesto no hablaba más que de los peligros de la Europa, amenazada por la ambición de España (1). Sin embargo, en el fondo del debate estaba la religion, puesto que las pretensiones de la Casa de Austria á la monarquía se apoyaban en el catolicismo; así es que el combatirla era combatir en favor de la libertad religiosa. Hé aquí por qué la lucha se empeñó por los príncipes protestantes; lo mismo sucedió en tiempo de Richelieu, y lo mismo en el de Enrique IV. El rey de Francia no estaba en situación de sostener por sí solo la guerra contra el formidable poderío de España, y tuvo que recurrir forzosamente á la idea de una liga protestante.

(1) POISSON, *Hist. de Enrique IV*, t. I, p. 276.

El aliado natural de Enrique IV era la reina de Inglaterra, á la cual escribió en 1595: "Teniendo por enemigo comun al rey de España, cuyos propósitos son los de turbar y trabajar nuestros reinos con continuas guerras y con sus habituales artificios, debemos unir nuestros esfuerzos y los medios que Dios nos ha dado para hacer ineficaces aquellos propósitos," (1). Estas proposiciones del rey de Francia no fueron mejor acogidas en Lóndres que habrían sido las del rey de Navarra (2). Felipe II había dejadó de inquietar á Inglaterra despues del desastre de la *invencible*; Isabel se creía al abrigo de todo peligro, y se cuidaba poco de entrar en una lucha cuyo resultado debía ser engrandecer á Francia, dándola la supremacía que hasta entónces había tenido la Casa de Austria. Enrique IV no halló más simpatías en Alemania, donde, si le eran favorables los calvinistas, le eran hostiles los luteranos. Los príncipes protestantes no comprendían cuán cierto es lo que decía Enrique IV sobre "que su conservación iba unida á la prosperidad de su causa y la de su reino," (3), y aquéllos se excusaron alegando que, como miembros del imperio, no podían tomar parte en una alianza extranjera. Enrique IV buscó enemigos á España en todas partes donde había comunidad de intereses contra la dominación de la Casa de Austria, y se dirigió al sultan, lamentándose de la indiferencia de los príncipes cristianos y especialmente de la reina Isabel, con el apoyo de los cuales había contado (4); pero la alianza con los infieles no había sido nunca provechosa á Francia, y Enrique IV no recibió de allí socorro eficaz; de modo que al terminarse las negociaciones se encontró solo en el campo de batalla.

Felipe II no había renunciado á la ambición de toda su vida, á pesar de los fracasos que había sufrido en Inglaterra y en Francia, y seguía con sus proyectos de monarquía universal bajo la bandera del catolicismo. Contando con las inteligencias que conservaba dentro de la liga, hizo una cruda guerra á Enrique IV. Pero la toma de Calais aterró á los Ingleses; cuando se vieron amenazados, consintieron en una liga ofensiva y defensiva con la Francia, en la cual entraron también las Provin-

(1) *Letras misivas de Enrique IV*, t. I, p. 419.

(2) FLASSAN, *Hist. de la diplomacia francesa*, t. II, página 156 y siguientes.

(3) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 462.

(4) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 475-478, 937.

cias-Unidas. Esa coalición de las potencias marítimas con un reino militar hubiera podido ser fatal á España si Isabel hubiera puesto todas sus fuerzas á disposición de Enrique IV; pero fué tan tibia aliada del rey de Francia como defensora poco celosa de los hugonotes había sido. Enrique la escribía las cartas más suplicantes: "No puedo creer, la decía, que podáis permitir, y mucho ménos querer, la ruina de vuestro mejor hermano y más fiel amigo, cuya conservación sirve de trofeo á vuestra bondad no ménos que á vuestra prudencia... No os afligiría con mi aflicción si en vos no tuviese entera confianza, y si pudiera salir sin vuestro auxilio de la mala situación en que se han colocado mis asuntos despues de la pérdida de Amiens," (1). La desconfianza que se descubre á través de aquellas liasonjeras legítimas. En una carta confidencial dirigida á su embajador en Roma confiesa el rey que los vecinos con cuya asistencia contaba se mostraban poco impresionados de su pena, aguardando más bien aprovecharse de sus apuros, en especial la reina de Inglaterra. Y en efecto, ésta no tuvo reparo en pedir á Calais, en el caso que fuese recobrada la plaza, y á esta restitución subordinó su oferta de auxilios. Enrique IV, indignado, respondió que si había de ser despojado, quería serlo mejor por sus enemigos que por sus amigos (2). El rey escribió á su embajador en Constantinopla estas amargas palabras: "Sea cualquiera la amistad que haya entre príncipes, jamás conceden nada unos á otros en aquello que importa á su grandeza, bien así como aquellos que sacan partido de todo lo que se presenta, sin reparar en el interés de sus más íntimos amigos: esto lo practican los Ingleses más que ninguna otra nación," (3).

Enrique IV se había prometido un apoyo formal por parte de su poderosa vecina cuando se empeñó en la guerra contra España; pero reducido á sus solas fuerzas, se consideró feliz al aceptar las proposiciones de paz que le hizo Felipe II y que dieron por resultado el tratado de Vernis. La Francia, extenuada por medio siglo de guerras civiles, no estaba en situación de poder quebrantar el poderío de la Casa de Austria; y Enrique IV aprendió á sus expensas que la Holanda y la In-

glaterra no hacían la guerra más que cuando les tenía cuenta. Pero los papeles cambiaron súbitamente durante las negociaciones de Vervins. Mientras que duraron las hostilidades, el rey de Francia tuvo que suplicar á Isabel para pedir socorros que nunca obtenía sino con mano estrecha y recelosa, y tuvo que intimar más de una vez á Holanda para que cumplierse lo ofrecido (1). Pero cuando se trató de negociar la paz, sus aliados no querían oír hablar más que de guerra. Enrique IV escribe á sus plenipotenciarios: "He visto á los diputados de Holanda tan feroces adversarios de la paz, que me ha costado mucho trabajo hacerles comprender las razones y las necesidades que me han obligado á entablar la negociación; las instrucciones que tienen son las de no hablar de otra cosa más que de la continuación de la guerra," (2). Los Holandeses se mantuvieron inflexibles durante el curso de las negociaciones, diciendo que no tenían más poder que para ofrecer sus fuerzas á fin de continuar las hostilidades (3). Se concibe bien su oposición á toda idea de paz, persuadidos como estaban de que la guerra era su único medio de salvación (4); más difícil de comprender es la resistencia de Isabel, que siempre había demostrado tanta repugnancia por la guerra, y que si la hacía era con tibieza é irresolución; su política era la del egoísmo, como dice un hábil diplomático: "La reina de Inglaterra, escribe Jeannin, querrá siempre aquello que deba querer por razones de Estado, nada más ni ménos," (5). Pero ¿cuál era su objeto al poner obstáculos á las negociaciones de Vervins? Rechazaba la paz, porque la paz era favorable á la Francia, y esto nos lo dice Enrique IV: "Los embajadores de Inglaterra hubieran querido hacerme perder con sus dilaciones la ocasión de pacificar á mi reino, para hacer su negocio á mis expensas y aprovecharse de mis trabajos... Pero ¿estaba Isabel decidida seriamente á pelear? Enrique IV dice "que sus embajadores hubiesen querido impedirle hacer la paz sin comprometer á su señora en la guerra," (6). "En defini-

(1) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 797 y siguientes.

(2) *Memorias de BELLIÈVRE* y de SILLERY, t. I, pág. 207 y siguientes.

(3) Carta de Enrique IV á sus plenipotenciarios en Vervins (*Memorias de DUPLESSIS MORNAY*, t. VIII, p. 414).

(4) Carta de Enrique IV á sus plenipotenciarios en Vervins (*Memorias de DUPLESSIS MORNAY*, t. VIII, p. 313).

(5) Informe de Jeannin sobre la futura paz, en las *Memorias de DUPLESSIS*, t. VII, p. 531.

(6) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 973 y siguientes.

(1) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 770.

(2) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 751.—DE THOU, *Historia universal*, lib. CXVI.

(3) Cartas de Enrique IV, t. IV, p. 861.

tiva, escribe el embajador de Francia en Inglaterra, estas gentes ni desean la paz ni la guerra, sino que duren nuestros desastres para hacer su negocio,, (1). Enrique IV no hizo caso alguno de las representaciones de sus aliados, pensando, como dicen sus plenipotenciarios, "que Dios le había hecho rey de Francia para mantener á sus súbditos en paz y prosperidad, y no para satisfacer los funestos antojos de aquellos que colocaban su propia dicha en la ruina de los Franceses y en el abatimiento de su corona,, (2).

La reina de Inglaterra increpó vivamente á Enrique IV su deslealtad, por cuanto se había comprometido á no tratar de la paz sin el concurso de sus aliados, y la negociaba sin su anuencia. "La falta de palabra, dice Isabel, la inconsecuencia en la amistad son las más injustas de todas las cosas humanas y las que más comprometen hasta la existencia del mundo. Yo no puedo creer que hayais olvidado los servicios que os he hecho y que seais culpable de ingratitude, ese pecado capital que bien pudiera llamarse pecado contra el Espíritu Santo,, (3). Verdad es que Enrique IV había pedido la alianza; pero si él se veía forzado por la extenuación de la Francia á abandonar á sus aliados, ¿acaso no era la culpa de los Ingleses, que tomaban parte en la guerra sólo para fomentar los males de una nación rival, mucho más que para abatir la casa de Austria? Después de todo, Isabel no tenía derecho á quejarse de Enrique IV, toda vez que, en el momento en que le acusaba por negociar con la España, negociaba ella misma secretamente con el archiduque Alberto, esperando encontrar en el futuro rey de los Países-Bajos un nuevo duque de Borgoña, es decir, un enemigo forzoso de la Francia (4). Y aún hay más: los negociadores franceses tenían el convencimiento de que la reina estaba dispuesta á tratar con la España á expensas de Francia; y si Felipe hubiera querido cederla á Calais, se hubiera entendido con él (5). De esta manera, Isabel, que hacía tan bellas

(1) *Memorias acerca de Isabel y Enrique IV en 1597*, por PREVOST PARADOL (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, 1856, t. I, p. 306, 323).

(2) Carta de los plenipotenciarios al rey (DUPLESSIS MORNAVY, *Memorias*, t. VIII, p. 273).

(3) RAUMER, *Briefs aus Paris*, t. I, p. 413.

(4) Carta de Enrique IV á Jeannin, 1607 (*Negociaciones de JEANNIN*, en PETITOT, serie 1.ª, t. XII, p. 527). "El propósito (de los Ingleses) ha sido siempre el de resucitar la alianza de la Casa de Borgoña contra Francia por medio de la unión con los archiducos."

(5) PREVOST PARADOL, en las *Sesiones de la Academia de cien-*

frases acerca de la fidelidad en los tratados, estaba dispuesta á faltar á la suya á precio de Calais. Nunca se había mostrado la rivalidad nacional de los Ingleses bajo un aspecto tan odioso. Al llegar sus embajadores á Paris, Enrique IV escribía á sus plenipotenciarios: "Yo no dudo que estén muy apesadumbrados de que Calais no se ha rendido y de que harán cuanto puedan por bajo de mano para ponerme obstáculos de uno ú otro modo,, "Ellos quieren á Calais, añade *Villeroy*, ese es el objeto de su ambición, de sus fingimientos y artificios,, "Puesto que la reina entiende que es cosa tan buena, responden los plenipotenciarios franceses, tener á Calais, somos de parecer que le debemos guardar para el rey y para sus hijos,, (1).

La paz de Vervins parece por de pronto un inmenso desastre para España; fué Felipe quien tomó la iniciativa de las negociaciones, y para obtenerla, ofreció renunciar á todas sus conquistas, y hasta desmembró la monarquía al ceder los Países-Bajos á su hija la infanta Isabel. ¿No era eso abdicar sus pretensiones á la monarquía universal? Verdad es que Felipe II cedía sin haber sido vencido; pero al fin cedía y reconocía en Enrique IV al rey de Francia, después de haber amenazado al papa con una guerra implacable si le otorgaba la absolución.

Pero si el rey de España retrocedía, igual partido tomaba Enrique IV; era él el que había declarado la guerra, y se veía obligado á firmar la paz después de una lucha de algunos años nada favorable para él; había declarado á la faz del mundo que quería abatir el poderío amenazador de la Casa de Austria, y tenía que confesar que no tenía fuerzas para sostener la lucha. Los dos rivales se sometieron ante la misma necesidad. En Vervins declararon los plenipotenciarios franceses que la Francia se hallaba empobrecida como nunca lo había estado (2). Y la España no estaba menos extenuada que la Francia: el dueño del Perú acababa de hacer bancarota y sucumbía bajo el peso de guerras y de empresas superiores á sus fuerzas.

Tal fué el resultado de la primera lucha entre Francia y la Casa de Austria. Pero, más bien que una paz, fué una tregua la pactada en Vervins; y

cias morales y políticas, 1855, t. III, p. 427; 1856, t. I, p. 151 y siguientes.

(1) *Memorias de SILLERY y de BELLÉVRE*, t. I, p. 108, 261.—*Memorias de DUPLESSIS*, t. VIII, p. 482.

(2) *Memorias de BELLÉVRE y de SILLERY*, t. I, p. 154.

las treguas no suspenden más que las hostilidades públicas. En 1607, Enrique IV tuvo ya explicaciones muy vivas con España. Un secretario de embajada, sorprendido en flagrante delito de conspiración, fué arrestado; el embajador español le reclamó, quejándose de que hubiesen sido desconocidos los fueros que el derecho de gentes otorgaba á los representantes de los reyes. Enrique IV respondió "que, si los embajadores eran personas sagradas, también estaban obligados á no violar el derecho de gentes, lo cual hacían cuando trataban de corromper á los súbditos del príncipe cerca del cual estaban acreditados, y cuando, so color de paz y de amistad, maquinaban contra su persona y su Estado; que el rey de España, después del tratado de Vervins, se ocupaba de sobornar á sus súbditos para que se sublevaran contra su gobierno, siendo sus enviados los principales instigadores de aquellas conspiraciones,, (1). Otro tanto hacía Enrique IV: no viendo seguridad alguna en la amistad de España, mantenía en los Países-Bajos el fuego de la insurrección contra el poder español (2). En 1597 envió un embajador á Isabel; y en las instrucciones que le dió se lee "que deseaba amenguar el poder de España, porque no aceptaba la paz sino para tomar aliento y lograr mejor su constante objeto, que era el de triunfar de todo el mundo,, Enrique IV no perdió nunca de vista lo que él llamaba su *gran proyecto*, el abatir á la Casa de Austria. La lucha no estaba más que aplazada; volverá á renacer para llenar la primera mitad del siglo XV.

§ IV.—La política de los papas durante la segunda mitad del siglo XVI.

Felipe II era el campeón del catolicismo, y combatía la herejía en Francia, en Inglaterra y en los Países-Bajos. Pero la Iglesia tenía otro jefe que reclamaba un derecho divino sobre la cristiandad entera; y puesto que la lucha estaba empeñada entre la religión del pasado y la Reforma, los papas debían tomar parte en aquella, y hasta debían ponerse á la cabeza de una cruzada contra

(1) Conferencia entre el rey Enrique IV y el embajador de España (*Memorias del duque de Nevers*, t. II, p. 858.)

(2) PREVOST PARADOL, *Memoria acerca de Isabel y Enrique IV*. (*Sesiones de la Academia de ciencias morales y políticas*, t. XXXIV, página 118.)

los protestantes. Pero en vano trató el papado de unir á los príncipes católicos con aquel objeto; los príncipes sólo escuchaban su interés político. Si Felipe II estaba siempre armado en defensa de la fe, es porque su ambición se confundía con la del catolicismo: se empeñaba en que no hubiera más que una sola fe, para que no hubiera más que un solo rey, el rey católico. Los papas tenían que ser los aliados necesarios de Felipe II. Esa concordia, sin embargo de estar indicada por la naturaleza de las cosas, no fué tan íntima como pudiera creerse. Al principio del reinado de Felipe, un papa, animado de ardiente odio contra el nombre español, trató de arrojar de Italia aquella maldecida raza; y al fin del siglo XVI, otro papa rompió la alianza para hacerla con un príncipe contra el cual había lanzado la santa sede todos sus rayos. De forma que la alianza con Felipe, realmente no existió más que bajo el pontificado de algunos papas que pudieran llamarse papas de la reacción católica. Una fuerte pasión los inflamaba: querían restablecer la dominación de la Iglesia; y esa gran ambición hizo callar la voz de los pequeños intereses italianos, y dió verdadera grandeza á muchos pontífices. Pero el entusiasmo de la fe no fué de larga duración; aún podría dudarse de que fuera tan grande como se ha imaginado, puesto que el nepotismo no perdió nunca su imperio, y aún puede decirse que fué en aumento hasta el siglo XVII. Aquel miserable régimen consumió la decadencia del papado.

Se ha exagerado excesivamente la reacción católica; aún en medio de la lucha entre el catolicismo y la Reforma, los papas verdaderamente celosos por la causa de la fe fueron una excepción. Ya hemos visto que Paulo III se arrepentía de haber sostenido á Carlos V contra los protestantes de Alemania y casi sentía la victoria del emperador sobre los herejes. Hemos visto también á Paulo IV lanzado á una guerra apasionada contra el rey católico. Después de haber sucumbido los papas hostiles á España, la santa sede sufrió más bien que aceptó la protección del poderoso rey. Vinieron después los insignificantes pontificados de Julio III y Pío IV, que se doblegaron á la fuerza. De modo que hay que llegar hasta Pío V para encontrar un papa entusiasta hasta el fanatismo. La Iglesia le celebra como uno de sus santos, y hace muy bien bajo su punto de vista; pero el santo católico no es,